



**SO
FRI
GE**

**LA POLÍTICA DE ELIMINACIÓN DE LA MINORÍA MUSULMANA POR EL
EL POETA**

UNA VOZ POLITICARIA ENTE AL NOCIDIO UIGUR

Por Darío Prieto y Fernando Palmero. Fotografía de Getty

GOBIERNO CHINO YA HA LLEVADO A MÁS DE UN MILLÓN A LA CÁRCEL
TAHIR HAMUT IZGIL LO RELATA EN SU LIBRO DE MEMORIAS

Entre todas las agresiones, humillaciones e intentos de eliminación de los uigures por parte del gobierno chino, hay una historia que condensa la persecución hacia esta minoría, acusada de separatista e islamista por el régimen comunista del presidente Xi Jinping. La cuenta el poeta y cineasta Tahir Hamut Izgil en sus memorias *Vendrán a detenerme a media noche*, publicadas en España por Libros del Asteroide. Un día, el gobierno exigió a los uigures de Kashgar –punto fundamental de la Ruta de la Seda y centro cultural de este pueblo túrquico– que entregaran todos los artículos religiosos que tuviesen en casa. La orden entraba dentro de una campaña de identificación y eliminación de cualquier referencia musulmana, por lo que la gente se desprendió de alfombras de oración, rosarios y hasta de sus preciados coranes. Quienes conservaban el libro sagrado de Mahoma se arriesgaban a ser delatados por sus vecinos y arrestados por las autoridades.

Algún tiempo después, un anciano de más de 70 años descubrió un Corán que no había hallado en el momento de la confiscación. Temeroso de que si lo entregaba entonces le acusarían de ocultación de material peligroso y «desviación ideológica», lo envolvió en una bolsa y lo tiró al río que cruza esta ciudad-oasis. Por motivos de seguridad se habían instalado unas redes de alambre sobre el cauce, por lo que los servicios de limpieza encontraron el volumen y lo entregaron a la policía. Aquel hombre, igual que otros muchos de su edad, guardaba una copia de su documento de identidad entre aquellas páginas para tenerla a mano, por lo que fue identificado, acusado de participar en «actividades religiosas ilegales» y, finalmente, condenado a siete años de cárcel.

Izgil tiene muchos relatos parecidos. Nacido en Kashgar en 1969, vivió las revueltas de la plaza de Tiananmén como estudiante universitario. Al intentar salir de China, fue detenido e internado tres años en prisión. A su salida se estableció con una productora audiovisual en Urumqi, capital de la región autónoma de Sinkiang, la tierra ancestral de los uigures y un lugar estratégico para China debido a sus importantes recursos naturales (petróleo y gas) y a su ubicación. Allí Izgil asistió al proceso de sinificación impuesto por el régimen de Pekín a los uigures, con una llegada masiva de inmigrantes *han* (la etnia mayoritaria del gigante asiático) y una salvaje política de discriminación.

La situación empeoró en 2009, cuando estallaron una serie de violentos disturbios entre uigures y *han* en Urumqi. Desde ese momento, el control hacia la minoría y la persecución de todo lo relacionado con el islam –religión mayoritaria entre los uigures– fueron cada vez más habituales. Las cosas se pusieron aún peor con la llegada al poder, tres años después, del presidente Xi Jinping.



➔ Para Izgil y el resto de los uigures, la materialización más preocupante de esta persecución fue la proliferación de campos de reeducación y de trabajos forzados, donde los uigures son enviados para ser usados como mano de obra esclava. Así lo ha contado la exiliada uigur Gulbahar Haitiwaji en su libro *El gulag chino. Cómo sobreviví a un campo de internamiento* (Ariel). Una situación de la que usted seguramente sea *responsable* también: el Instituto Australiano de Estrategia Política (ASPI, según sus siglas en inglés) publicó en 2020 un informe en el que señalaba que más de 80 marcas multinacionales (como Apple, Samsung, BMW, Adidas y Nike) subcontratan para sus productos fábricas en las que se emplea a los prisioneros uigures de estos campos.

La posibilidad de acabar en uno de estos centros de «estudio» —eufemismo empleado por los uigures y también por los mandatarios comunistas— se aproximaba cada vez más a Izgil, quien asistió a las detenciones en

de mi vida», sentencia) y que actualmente se encuentra enfrascado en unas nuevas memorias, dedicadas a sus años de cárcel. Ello le obliga a echar la vista atrás con melancolía. «En 1989 fui uno de los líderes estudiantiles uigures de las protestas de Tiananmén», recuerda. «Pero incluso con todo lo que vino después, la situación del país era mucho mejor entonces que ahora», lamenta. «Nos levantamos contra el gobierno con una serie de peticiones, como la eliminación de la corrupción y mayor democracia. Y ahora lo evoco con cariño, porque había muchísima más libertad que ahora».

Izgil hace un poco de historia. «El territorio conocido como Región Autónoma de Sinkiang Uigur es una colonia», proclama. «En 1949 el Partido Comunista Chino tomó el poder y en 1955 se estableció esta división. Sin embargo, la autonomía nunca ha sido puesta en práctica por los líderes. De hecho, a medida que los años han pasado los derechos de los uigures han sido gradualmente eliminados y los recursos de esta gran tierra,

explotados. Esencialmente, las cosas han sido lo contrario de una autonomía».

La resistencia a esta política se ha materializado en diferentes formas, desde las protestas pacíficas a los grupos islamistas. Para terminar de complicar el panorama, en 2013 Pekín lanzó la iniciativa de La Franja y la Ruta, una actualización de la Ruta de la Seda que Izgil resume del siguiente modo: «Es un esfuerzo para incrementar el poder económico de China en Asia Central y, de hecho, en toda Eurasia». Un plan de ambiciones globales cuya seguridad ha sido usada «como pretexto para una campaña de represión sin precedentes en estos últimos 10 años», según palabras del escritor uigur.

A ello hay que añadir otro factor más: «Un buen número de académicos chinos que llevaban tiempo defendiendo una política de asimilación completa de las minorías y una fusión de las mismas dentro del cuerpo político chino han visto esta iniciativa como una oportunidad para poner en práctica estas ideas». Es decir, «un genocidio».

Aunque la palabra tiene unas resonancias especiales en estos días, Izgil argumenta de manera ordenada su acusación. «El gobierno de Estados Unidos y un buen número de parlamentos de otros países occidentales han reconocido formalmente como genocidas las acciones de China en esta región. Además, el Tribunal Independiente Uigur, basado en Londres y liderado por el jurista Geoffrey Nice, ha coincidido con este dictamen. Y el Alto Comisionado para los Derechos Humanos de la ONU ha afirmado que China puede estar cometiendo crímenes contra la humanidad en Sinkiang», enumera.

Concede Izgil que «el problema uigur es relativamente desconocido en Occidente». Y que, tal vez por este motivo, «no ha recibido la misma cantidad de atención que Palestina o que el caso de los Rohingya». Sin embargo, «eso no cambia la naturaleza de lo que está ocurriendo en la región».

Los uigures se enfrentan a un problema, el enorme esfuerzo de China en ocultar los campos de reeducación y campos forzados a los ojos de la comunidad internacional. «Pero debido a que el número de internos en estos centros asciende a millones y a que vivimos en la era de internet, donde no es posible para ningún gobierno —ni siquiera el chino— esconder completamente lo que hace, tenemos una cierta cantidad de información de lo que sucede allí dentro», relata Izgil.

Y una de las cosas que ocurre, denunció Gulbahar Haitiwaji en su estremecedor libro, es la esterilización forzosa de las mujeres uigures y los matrimonios forzosos entre éstas y hombres *han*. Según el investigador Adrian Zenz, en 2018 el 80% de los DIU que se colocaron en China fue en la región de Sinkiang, cuando ésta no representa más del 1,8% de la población.

«Cuando la gente oye la palabra genocidio lo normal es que le venga a la mente el genocidio de los judíos en Europa a manos de los nazis», apunta Izgil. «Es el clásico ejemplo, con los campos de exterminio y la industrialización del acto de destruir a un grupo humano». Pero hay otras formas de materializarlo. «No sabemos con certeza las cifras exactas de personas a las que han matado en los campos», afirma Izgil. «Pero los investigadores y reporteros han podido averiguar que, incluso cuando no ha habido asesinatos directos, la gente está muriendo como resultado del maltrato, de la tortura, de la malnutrición deliberada o de la negación a proporcionar tratamientos médicos».



masa de sus paisanos y a la desaparición de amigos intelectuales, líderes religiosos y ciudadanos de a pie. Una endiablada burocracia (para conseguir un pasaporte, un uigur necesita cientos de sellos oficiales y continuos viajes de una ventanilla a otra) y el control omnipresente del Partido Comunista Chino llevaron a Izgil a una situación de paranoia que resume el título del libro.

Por ello, decidió abandonar su tierra junto con su mujer y sus dos hijas, no sin antes tener que superar innumerables obstáculos, relatados igualmente en sus memorias. En 2017 consiguieron escapar y se establecieron en Washington D.C. donde Izgil trabaja como conductor de Uber y colabora en el canal de Radio Free Asia, emisora del gobierno estadounidense que trata de burlar la censura de China y otros gobiernos totalitarios.

Desde su casa de Washington Izgil atiende a *La Lectura* por videoconferencia, ayudado desde Taiwán por su traductor al inglés (y prologuista del libro), Joshua L. Freeman. Dice que sigue escribiendo poesía («es parte

▲ *Intervención de las fuerzas policiales chinas en Urumqi, capital de Sinkiang, durante los disturbios uigures de 2009.*
GUANG NIU / GETTY

◀ *En la otra página, retrato de Tahir Hamut Izgil publicado en 'The Washington Post' tras la salida de 'Vendrán a detenerme a media noche'. TWP*

“EL TRABAJO ESCLAVO DE LOS UIGURES ES UNA FORMA DE QUE LOS PRESOS PAGUEN POR SU PROPIO INTERNAMIENTO EN LOS CAMPOS”



En *Vendrán a detenerme a medianoche* se detallan las muchas técnicas de hostigamiento por parte de las autoridades hacia los uigures. Especialmente terrible es la situación de desempleo que sufre la minoría en Sinkiang, que obliga a los jóvenes a emigrar a otras zonas de China o bien a entrar a trabajar para la policía o los servicios secretos y controlar a sus compatriotas. La arbitrariedad, el desgaste, la vigilancia constante y la delación muestran el poder de China como maquinaria implacable de control de sus ciudadanos. En estas páginas, venerables imanes se ven obligados a bailar ridículas canciones pop chinas en los actos oficiales del Partido Comunista. Y los literatos como Izgil disimulan sus reuniones en restaurantes pidiendo varias botellas de licor, que ponen sobre la mesa para despistar a los espías y que no los tomen como adherentes a los principios de *haram* y *halal*.

Otro de los factores necesarios para entender esta situación, abunda el poeta y cineasta, es lo sucedido «con la independencia de las antiguas repúblicas soviéticas en Asia Central, a partir de los 90». Un proceso correlacionado «con el aumento en la promoción del nacionalismo chino por parte del gobierno, el cual está dirigido externamente hacia Japón y Occidente, e internamente hacia las minorías, especialmente los uigures y los tibetanos». De ahí la importancia de la propaganda, que en un sistema autoritario como el de este país «tiene un enorme impacto en la población», aclara Izgil.

Como producto de esta propaganda, la mayoría *han* «tiende a ver a los uigures como separatistas que quieren independizar Sinkiang de China», lo cual ha provocado una oleada de intolerancia hacia los 12 millones que hablan este idioma, emparentado cercanamente con el uzbeko. El fuego sigue alimentándose: «Si antes hablaba de los intelectuales que abogan por una asimilación de las minorías, hay otros que repiten constantemente la importancia de los recursos de Sinkiang para el desarrollo de China y lo terrible que sería para la economía si esta tierra se independizase».

El dinero, el nuevo gran dios de China, es fundamental para tratar de desentrañar la intrincada organización de los campos, herederos de los gulag soviéticos y de los *laogai* de la Revolución Cultural de Mao. Y resulta escalofriante la precisión con la que el régimen comunista no deja nada al azar. Del mismo modo en que el historiador Raul Hilberg puso luz sobre el hecho de que los nazis cobrasen el dinero de los billetes de tren en los que llevaron a los judíos a las cámaras de gas, Izgil denuncia la deshumanización en la financiación de los campos de reeducación para uigures. «El aspecto más importante de este sistema de campos es el castigo colectivo de todos los uigures, que son vistos como potencialmente peligrosos por el Estado y que, por ello, son ubicados en un lugar para que se les pueda lavar el cerebro fácilmente», comenta con amargura. «El trabajo esclavo sería entonces una especie de castigo complementario. Porque hay que entender que el internamiento masivo es muy caro para el gobierno. Por ello, se obliga a los reclusos a hacer labores que cubran los costes. Es decir, básicamente los presos pagan por su propia reclusión». El Estado se beneficia también de este aspecto. «Sí, porque China insiste en que estos campos son centros de formación profesional, con lo que este trabajo esclavo sirve para sugerir a la comunidad internacional que tiene un aspecto educativo», desentraña el exiliado sobre el permanente lavado de imagen.

Poco después de su llegada a Estados Unidos, Tahir empezó a pensar en escribir una crónica personal de la

crisis en Sinkiang, pero el reto de echar raíces en un país nuevo acaparó toda su atención a lo largo de esos primeros años. A finales de 2020, apunta Freeman en su introducción, las circunstancias por fin le permitieron plasmar los recuerdos que llevaba dentro desde que salió de China. El relato, coinciden autor y traductor, brotó como una cascada. En el verano de 2021, la revista *The Atlantic* publicó un extracto resumido de las memorias de Tahir. El volumen vio finalmente la luz en inglés en 2023 y los reconocimientos se sucedieron entre las listas de los mejores libros del año: *The New York Times*, *The Washington Post*, *Time*, *The Economist*... También fue ganador del National Book Critics Circle John Leonard Prize.

Los aplausos no ocultan, sin embargo, el pesar de Izgil por los familiares y amigos que dejó atrás. Respecto a quienes estaban en prisión cuando se exilió, «algunos han sido liberados bajo supervisión de las autoridades, otros simplemente han desaparecido y no sabemos dónde están, otros han sido fagocitados por el sistema

de campos después de largas penas de cárcel». Tampoco tiene contacto con sus familiares. En el libro cuenta cómo, a su salida de China, comunicó su situación a sus padres y a otras personas, las cuales le bloquearon al poco tiempo. Las represalias hacia el círculo de personas de los que han abandonado el país son durísimas, lamenta el autor de *Vendrán a detenerme a media noche*. «Contactarlos sería peligroso para ellos», se encoge de hombros Izgil. ¿Y qué les diría si tuviese la oportunidad? «Simplemente les preguntaría qué tal les va y ellos me preguntarían a mí lo mismo, qué tal me van las cosas. Sería una conversación sobre aspectos cotidianos de la vida. Pero incluso esa forma tan simple de comunicación es imposible hoy, porque cualquier contacto con el extranjero supone un riesgo muy importante para ellos».

Así que él, igual que los cerca de 200.000 uigures que componen la diáspora (repartida principalmente entre Turquía y las repúblicas de Asia Central), tienen que

▼
Tahir Hamut Izgil (Kashgar, 1969) publicó en 2023 sus memorias, que detallan la persecución de los uigures por el régimen chino. MARVIN JOSEPH



conformarse con recordar. Al poco de llegar a su nuevo hogar, Izgil y su mujer tuvieron otro hijo, un varón, al que llamaron Tarim, igual que uno de los ríos más importantes que surcan las vastas tierras en las que se crió. Su tierra está presente también en sus sueños, que marcan la parte final de sus memorias.

En algunos casos son pesadillas, pero en otros son más plácidos. Dice que últimamente abundan sobre todo estos últimos: «Sí, estos días sueño con que mis amigos de la diáspora y los que se quedaron allí están juntos», se ríe, antes de una última reflexión: «Logramos huir del terror y somos una familia afortunada, pero aunque conocemos la alegría de los pocos que han tenido la suerte de embarcar en el arca de Noé, vivimos con la vergüenza del cobarde implícita en la palabra 'huida'. Somos libres, por fin, pero la gente a la que más queremos sigue sufriendo, abandonada en esa tierra de tortura. Cada vez que pensamos en ellos nos abrasa la culpa. Sólo en sueños volveremos a ver a nuestros seres queridos». ■

“EN LOS CAMPOS NO SÓLO ASESINAN A LOS UIGURES: TAMBIÉN MUEREN POR TORTURA O POR MALNUTRICIÓN DELIBERADA”